

BIBLIOTECA
SELECTA

ROSINA



26

RAMÓN
SOPENA

PROVENZA 93-97 BARCELONA

C-1 his
68



00040650

APROBACIÓN ECLESIAÍSTICA

VICARIATO GENERAL
DE LA
DIOCESIS DE BARCELONA

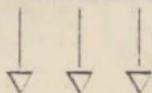
NIHIL OBSTAT
EL CENSOR,
AGUSTIN MAS FOLCH

Barcelona 25 de febrero de 1918.

IMPRIMASE
EL VICARIO GENERAL,
JUSTINO GUITART

POR MANDADO DE SU SRÍA.,
RAMON M.ª FERRAN
Vice Canc.

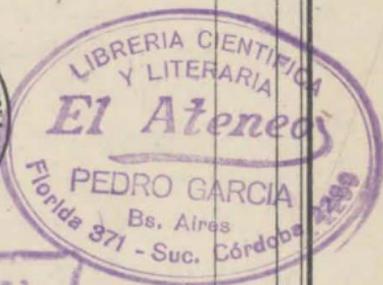
BIBLIOTECA SELECTA



X ROSINA

29.134

720x160



BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

BARCELONA

RAMÓN SOPENA, EDITOR

PROVENZA, 93 A 97



Derechos reservados.

ROSINA

I

Al regresar del paseo, en aquella tarde ardorosa, del rubio mes de julio, prefirieron no entrar en la antigua casa de campo—cuya fábrica recordaba los tiempos en que fué formidable castillo—, y se quedaron todos a la puerta, en el jardín.

Doña Petra y su prima, a quien llamaremos más familiarmente Virginia, puesto que era menos vieja, aunque distaba ya algo de ser joven, se sentaron en las butacas de mimbre, verdaderamente fatigadas.

La gente joven reposó en ese lujosísimo diván tapizado de sedas que la Naturale-

za adorna y mulle con tanto primor y tan grata fragancia. Hemos querido decir que los hijos de aquellas dos señoras se sentaron en el suelo, sobre la fresca hierba.

En cuanto a Enrique Laurent, debemos añadir que se tumbó más cómodamente todavía.

Enrique Laurent era hijo, el único hijo, el único amor y el único consuelo de doña Petra, viuda hacía muchos años... ¡Y tantos! Veinticinco años hacía que enviudó; y desde aquel tristísimo momento consagró su vida entera al cuidado y educación de este hijo que no se había nunca separado de ella. Enrique tuvo en su madre, además de una madre amantísima, una indulgente amiga, un preceptor perseverante y un consejero insubstituible. Ninguna acción, ningún pensamiento de Enrique, era por él ocultado a su buena madre, que siempre tenía una respuesta cariñosa y que sabía, y es ésta la más preciosa sabiduría de quien educa, poner su pensamiento en la situación del pensamiento de su hijo.

Satisfecha estaba de su obra la buena señora y orgullosa de su Enrique. Aquel

mismo verano había terminado, con el mayor lucimiento, su carrera de ingeniero de minas, y era lo que se llama un real mozo, apuesto, inteligente, elegante, de noble fisonomía embellecida por una barba negra, sedosa y brillante, y por unos ojos negros y poderosos.

Se echaba de ver, con todo, en Enrique ese apocamiento y timidez propios de los jóvenes cuya educación ha sido dirigida exclusivamente por una mujer. No había Enrique templado su voluntad en la lucha del mundo; estaba todavía en el período de la ingenuidad en que uno se cree que todos los hombres son buenos, que nadie obra con mala intención y que ninguno miente. Así debía ser, pero no es así desgraciadamente; y por tan lamentable circunstancia, en todos los países y en todas las edades, ha sido preciso poner en el corazón puro de los que entran en la vida, aquella amarga advertencia que Stendhal escribió al frente de sus apuntes de trabajo: «Acuérdate de desconfiar».

Pero todo esto no se le podía decir a doña Petra. Para ella las barbas de su hijo, su mocedad gallarda y el final de una ca-

rrera tan larga y difícil como lo es la de ingeniero de minas, no significaba que Enrique hubiese salido de la niñez; seguía y seguiría tratándole y teniéndole por un niño. A las madres es frecuente que las apene la llegada de sus hijos a la plenitud de la vida; parece que el cariño maternal necesita proteger la debilidad de los que no pueden valerse por sí mismos; que es el amor maternal, sobre todo, algo como defensa, como guarda.

¿Que esto es absurdo? ¿Que el hombre, al llegar a cierta edad, debe emanciparse? ¿Que debe pensar y decidir por sí mismo?

¡Vanidad! ¡Vanidad!... Una madre, en lo tocante al bien de su hijo, sabe siempre mucho más que el famoso sabio Merlín. Enrique estaba sin duda muy bien enterado de las Matemáticas, de la Geología y de la Química, ciencias propias de la ingeniería de minas. Pero hay otra mina: una mina de felicidad y de dolor; de bien y de mal; de alegría o de penas. Esta mina es nuestro corazón, y para la mina del corazón, para conocer sus filones, sus peligros y sus obscuridades, no hay ni ha-

brá, por mucho que se estudie, ningún ingeniero mejor que una madre. El amor de las madres, a fuerza de ser santo, llega a tener algunas veces el don divino de la profecía. Ven las madres mucho más allá que sus hijos; Dios las ha dotado de esa providencial previsión que es lo más sublime del cariño maternal.

Que Enrique se casase con Julia, la hija mayor de Virginia: y el ingeniero de la mina del corazón habría encontrado el filón de la felicidad.

Virginia tenía dos hijas: Julia y Victoria. Julia, la mayor de ellas, era de un carácter alegre, expansivo; era una joven que «tenía ángel» como suele decirse. Solamente hablar con ella cautivaba. Victoria, sin desmerecer de su hermana, no se hacía tanto de notar por su carácter apagado, por su silencio que parecía como si siempre se hallase sumida en una grave meditación. En suma, Victoria había nacido para el claustro, así como Julia se dijera que había nacido para el hogar. Y las dos hermanas, dotadas de virtudes preciosas, podían al-

canzar la bienaventuranza, porque de los dos modos se puede servir a Dios.

En circunstancias tales, a nadie extrañará que las dos primas, doña Petra y Virginia, se trazasen un plan sencillo y hacedero : casar a Enrique con Julia y dejar a Victoria que vistiese las virginales tocas de las siervas del Señor.

Con estos propósitos, y contando de un lado con el carácter dócil de sus hijos, como también con los naturales impulsos de la juventud, vinieron aquel verano a sus casas de campo, situadas en el encantador panorama de las cercanías de una ciudad asturiana.

Estaban muy cerca ambas residencias, solamente separadas por otra finca que, desgraciadamente, había pasado a extrañas manos. En lo antiguo, todo aquel territorio perteneció a la familia y ahora seguía perteneciendo casi por entero, si se exceptuaba aquella parte adquirida por un «indiano» que había edificado en ella un chalet al estilo moderno. Este tal «indiano» casó, allá en América, con una italiana de familia y origen desconocidos. Cuando regresó a su país, traía, además

de la extranjera, su mujer, una hija educada también a la moderna. Para muchas gentes la modernidad de una educación consiste en tener muy poca aprensión, modales de bailarina y la costumbre de leer libros franceses de conocida inmoralidad. Así, por este estilo, estaba educada «a la moderna» la hija del advenedizo aquel.

La armonía y sencillez de aquellos campos era, pues, turbada, a la vista, por un chalet de ladrillo chillón, amanerado, que resultaba detestablemente cursi entre las viejas, austeras, majestuosas casas solariegas; en la vida, por la presencia de aquella madre italiana y de aquella hija «educada a la moderna», cuyas costumbres contrastaban con las costumbres señoriales, rígidamente virtuosas de los demás moradores.

Tenemos, con estos antecedentes, planteado nuestro asunto.

Enrique es prometido de su prima Julia.

Victoria se siente llamada por Dios a la vida monjil.

Y las madres de ellos, doña Petra y Virginia, ven con el mayor agrado estas apa-

cibles ilusiones de los que ya son nuestros tres jóvenes amigos.

La tarde es tibia, perfumada y luminosa.

Al abrigo de la vetusta casa solariega descansan del paseo los cinco personajes.

Enrique y Julia sostienen un cariñoso y honesto diálogo de novios formales. Victoria, como siempre, medita. Las dos señoras se recrean en el bello cuadro...

Silencio ahora.

Dentro de unos minutos sonará la santa hora del «Angelus».

Dejémosles rezar.



Dentro de unos minutos sonará la santa hora del «Angelus». (Pág. 12.)

II

Nuestro buen amigo Enrique, el joven y aventajado ingeniero de minas, obra y se conduce como un señor formal. Ciertamente que todo en él tiene esa serena gravedad de quien parece llegado a la plena y definitiva serenidad del pensamiento.

Hasta la negra barba que usa parece añadirle respetabilidad y se creyera que tiene por lo menos media docena más de los años que en realidad cuenta.

Solamente mueven la voluntad de Enrique dos ideas : la primera honrar a su madre y a su apellido con aquel honesto amor a su prima Julia ; la segunda estudiar concienzudamente para brillar en su carrera.

Nuestro buen amigo, cuando ha terminado sus horas de labor habituales, cierra los libros, toma su bastón y su sombrero,

da un beso en la frente de su madre, y se va tranquilamente a ver a la novia.

Para ello ha de cruzar un trozo de floresta entre sombreros árboles, entre verjeles, respirando las puras auras de la campiña.

El camino era común a las diferentes fincas que en tiempos pasados formaron el mismo dominio y señorío de la linajuda familia, y por eso entre ellas estaba la del indiano casado con la sospechosa italiana.

Muchos días Enrique solía encontrar a Rosina. Rosina no era otra que la hija del mencionado indiano. Rosina, aparatosa-mente vestida con una elegancia preten- ciosísima, impropia del lugar, se hallaba «casualmente» en aquellos parajes a la hora en que sabía que iba a pasar el ingeniero.

Y todos los días, también «casualmen- te», entretenida en hacer un ramo de flores.

Rosina era, en realidad, hermosa, pero no estribaba su singular atractivo en su hermosura precisamente; su atractivo es- tribaba en su modo especial de adminis-

trar ella su hermosura. Conocía los mohines que más agraciaban su rostro, los guiños y parpadeos que más insinuaban en sus ojos negros, los contoneos y genuflexiones que más acusaban las líneas de su figura gentil y donairosa ; tenía ese modo de andar que han puesto en moda las artistas de cine que parece que van a desgonzarse... En una palabra : Rosina era una redomadísima coqueta.

Enrique pasaba cerca de ella y la saludaba respetuosamente. Ella correspondía al saludo con la sonrisa más apicarada de su extenso repertorio.

Como la escena hubo de repetirse varios días, Enrique pensó :

—¡ Qué aficionada a los ramos de flores es la hija de la italiana !

Y no pensó nada más.

Una mañana, precisamente al siguiente día de la escena familiar que hemos descrito en el capítulo anterior, Rosina no se contentó con devolver por el saludo la consabida sonrisa, si no que habló a Enrique.

—Perdone usted, vecino, que le detenga. Acabo de tener un serio disgusto y ne-



Rosina llevaba a Enrique dando rodeos y más rodeos.
(Pág. 18.)

ROSINA.—2

cesito de usted un pequeño favor : que me conteste a una pregunta que voy a hacerle.

—Pregunte usted lo que guste, señorita, que mi mayor placer consistirá en poderle ser útil en algo.

—He perdido una de mis pulseras. Como seguimos el mismo camino, quería saber si usted la ha encontrado por casualidad.

—¡ Oh, no ! No he visto nada.

—No me extraña. ¡ Va usted siempre tan distraído !... No mira ni al suelo ; no suele ver lo que le rodea. Algunas veces pasa a mi lado sin saludarme, y yo me digo entonces : « Ya va el vecino pensando en sus sueños de amor ».

—Voy pensando en mis cosas. No es frecuente encontrarse pulseras en los caminos del campo y por eso no me preocupo de llevar la mirada en tierra.

—¡ Sería usted tan amable que me ayudase a buscar la que he perdido ? Se trata de un recuerdo de familia. ¡ Oh, tengo un enorme disgusto ! Cuando en casa sepan que he extraviado esa joya lo tendrán también muy grande. Y no por el valor

de la pulsera, que era poco relativamente, sino por tratarse de una alhaja que procede de mi abuela materna.

—¿Está usted segura de haberla sacado de su casa?

—Segurísima. Como es mi adorno predilecto me lo pongo todos los días. Esta mañana, precisamente, recuerdo, sin el menor temor a equivocarme, que mi doncella me la abrochó, como todos los días, cuidando de que quedase seguro el fiador.

Enrique se puso en seguida al servicio de Rosina.

—Registraremos estos lugares. Váyame guiando por las sendas que usted haya recorrido al venir. Por fortuna yo tengo una vista excelente y si por aquí se le ha caído a usted su pulsera, estoy seguro de verla brillar.

Empezaron a buscarla. Rosina llevaba a Enrique dando rodeos y más rodeos. Rosina iba perfumadísima y tenía un modo particular de mirar al suelo: miraba moviendo la cabeza a un lado y a otro, como hacen los pájaros. Su voz, matizada por el acento criollo, que ella pro-

curaba conservar, era una voz insinuante y dulce, era una voz mate, de terciopelo.

—Si su novia sabe que hemos andado juntos por estos vericuetos, de seguro se ha de enfadar.

—No. ¿Por qué?

—¡Ah! ¿No cree usted que yo valga lo bastante para inspirar celos a su novia?

—Nada de eso, señorita. Usted sin duda es encantadora; pero mi novia está bien segura de mi lealtad.

Rosina rompió a reír.

—¡Qué sencilla debe ser su novia! Nosotros allá, en la Argentina, decimos sencilla por no decir cándida, inocente. Inocente debe ser su novia. Yo no me fiaría nunca de las palabras de un hombre.

—Si el hombre es formal, le ofendería usted dudando.

—Dése por ofendido.

—En todo caso, señorita, no es usted quien ha de juzgar de mí.

—Desde luego. Le he hablado sólo estos minutos, y aunque le veo a diario, no me creo autorizada para afirmar de usted si no que me es muy simpático.

—Mil gracias.

—¿Vive usted en Madrid?

—Durante el invierno allí vivimos.

—Yo también quiero ir cuando acabe el verano. Se lo he pedido a mi padre y ha prometido complacerme. Ya creo que tiene tomada casa en la corte. Allá nos veremos para octubre.

—No será difícil que nos encontremos en cualquier parte.

—Dependerá principalmente de que usted se lo proponga.

Al decir esto, Rosina miraba a Enrique todo lo «seductoramente» que sabía. Y advierta el lector que escribimos la palabra seductoramente, no porque sea propia ni ciertamente elegante, sino por no usar otra menos favorable a Rosina.

Entre los dos pasó una mariposa blanca. Enrique siguió con la mirada el vuelo caprichoso de la mariposita blanca. Como la mariposita, su pensamiento quisiera volar lejos de allí, lejos de Rosina.

Sin saber otra cosa que decir, buscando una evasiva, el joven murmuró:

—Creo que no vamos a encontrar la pulsera.

—Busquemos un poco más.

Continuaron buscando. A Enrique íbale pareciendo enojosa la situación ; pero hay que reconocer que hace falta desparpajo para dejar plantada a una persona tan pegadiza como Rosina. Ella, dispuesta a entretener al joven cuanto tiempo pudiese, dió otro giro a la conversación.

—¿ Viaja usted mucho ?

—Poco, señorita. No he salido de España.

—¿ Qué lástima ! Cuando usted vea más mundo cambiará de opiniones. Dejará de parecerle mejor lo que tiene en casa. A un hombre de talento, como usted, le conviene salir de España, de Europa.

—Permítame usted. Si el viajar por extranjeros países me había de servir, como a tantos, para encontrar luego detestable todo lo de mi patria, prefiero ignorar cómo es por ahí el mundo, prefiero no viajar.

—Es un modo de pensar un poco atrasado.

—Como usted quiera. Además no tengo esperanzas de viajar por ahora. Mi madre no abandonará nunca las comodidades de su casa. Y en cuanto a mi prome-

tida, tampoco es muy aficionada a lo desconocido.

—¡ Oh, oh ! ¡ Pero si lo desconocido es lo verdaderamente adorable ! Usted no avanzaría en sus estudios si no buscase con ahinco las verdades desconocidas. La ciencia camina siempre en pos de lo desconocido. En la vida sucede igual. Lo desconocido fascina. ¿ No sentía usted cierta curiosidad por conocerme ? Por mi parte no podía contener más mi impaciencia. Y ahora que nos hemos hablado, que nos hemos mirado de cerca, ¿ no queríamos cada uno saber algo más del otro ? Usted no puede negarme que mi vida errante por esos mundos, más allá de los mares, le interesa ya.

Enrique iba ya al lado de Rosina sin darse cuenta de que pasaba el tiempo. La charla de aquella mujer era embriagadora como un perfume. Así debió ser la charla de la serpiente del Paraíso...

Frecuentemente, para saltar un regato, Enrique se veía obligado a dar su mano a Rosina. Ella le decía :

—Si yo le contara a usted mis cosas... A usted debo haberle parecido una chiquilla

frívola... ¡ Oh, no! No es eso. En el fondo soy una desgraciada. ¡ Cuánta falta me hace un amigo sincero!...

Y de repente, añadió :

—Pero... ¡ con qué derecho le retengo? Váyase con su novia. Su novia le espera. Vaya, vaya...

A Enrique lo dejó turulato esta repentina mudanza de ella, que con el dedo extendido, en actitud de mando o de repulsa, le repetía autoritaria :

—Váyase, váyase.

Y sin más razones, le volvió la espalda.

Se marchó de allí Enrique y a los pocos pasos que anduvo, una gran pesadumbre angustió su alma. ¡ Qué clase de mujer era aquella Rosina tan linda, tan atractiva, tan deliciosamente insubstancial? Lo cierto era que había venido a turbar la serenidad de su espíritu. Desprevenido contra las artimañas de la tentación, Enrique empezó a vacilar.

A todo esto había hecho esperar a Julia una hora larga. Cuando se presentó a ella le dijo :

—Perdona. Vine retrasado porque me entretuvo un problema de matemáticas.

—Difícil debe ser ese problema—dijo Julia candorosamente—porque traes cara de preocupación, de disgusto pensaría si no hubieses dicho eso del problema.

¡Inocente Julia!

Por lo que toca a Enrique, ya se ve que iba aprendiendo a mentir.



—Váyase, váyase. (Pág. 23.)

III

Al día siguiente, en el mismo lugar de su camino, Enrique encontró a Rosina.

La joven había dispuesto sus encantos en orden de batalla ; habíase peinado muy detenidamente, cuidando de poner la más refinada malicia en la distribución y colocación en los rizos, los bullones de crepé, los apatuscos y arrequives de su tocado, digno de una titiritera.

Anduvo en ello además «la mano del gato» ; queremos decir que Rosina se pintó. Llevaba arreboles en las mejillas, sombra en las ojeras y carmín en los labios ; exactamente lo mismo que una de esas muñecas de cartón de las que se llaman «peponas».

No hay cosa más odiosa, más inmoral, más indecente que una mujer que se pinta. Quien desprecia su color natural, ofen-

de primeramente a Dios que se lo ha dado.

En segundo lugar se viste de máscara : simula un rostro que no tiene, como hacen los malhechores, y, tomando la costumbre de la falsedad en su semblante, lo mismo pinta y desfigura el semblante de su alma. Y un alma pintarrajeada debe ser un payaso que gustará mucho en los mismísimos infiernos. Además, pintarse es exponerse a los más serios disgustos. El hombre a quien agradó una mujer pintada, cuando la vea al natural, la despreciará seguramente. Los gitanos suelen teñir el pelo de los borricos para hacerlos pasar por otros en la feria. Muy semejante a la de ellos es la conducta de esas mujeres que se tiñen, se adoban y enmascaran para hacerse pasar por lo que no son ni muchos menos.

Debe saberse además que las pinturas no hermocean ; hacen caras inexpresivas, quitan al cutis su frescura, comunicándole una apariencia de cartón. Una mujer pintada sólo es comparable a una flor de trapo.

Finalmente, las pinturas, por muy buenas que sean, envejecen, marchitan, des-

truyen. Las mujeres que tienen la costumbre de pintarse, pronto, en plena juventud, tienen arrugas; la piel se les apergamina y acaban por quedar como las viejas caretas descoloridas que se tiran al cesto de la basura pasado el carnaval.

Todo esto lo ignoraba Enrique; ignoraba Enrique que desde que se pinta una mujer hay fundados motivos para temer que no sirva ni para esposa ni para amiga; para esposa no sirve porque será una cosa horrible cuando se despinte y amanezca plagada de chafarrinones y relejes; y para amiga sirve menos porque siempre estará temiendo que descubramos sus mañas.

Mas, como dejamos dicho, todas estas cosas las ignoraba nuestro amigo Enrique, y como Rosina era una redomadísima embustera, fácilmente lo engatusó con sus picardías.

—¡Muy buenos días!—le dijo viniendo hacia él y tendiéndole la mano, las dos manos, con ese ademán de las novias de película, tan artificioso y de mal gusto.

Saludan las damitas que tal hacen como si fuesen a echarse a nadar.

Enrique respondió azorado :

—Buenos días, Rosina. ¿Encontró usted su pulsera ?

—¡ Si no la había perdido !...

—¿ Cómo que no ?

—Como que no. Verá usted ; Yo, desde que le vi, desde el primer día, tenía un gran interés en que hablásemos. Júzguese usted como quiera ; pero me he propuesto decirle la verdad. Al principio me limité a ponerme en su camino por ver si usted se decidía y me decía algo : un piropo.

—Dispéñseme. No tengo la mala costumbre de importunar a las mujeres con esa clase de majaderías.

—Así lo he visto. Y como usted pasaba muy serio, me saludaba cortés y seguía adelante...

—No había razón para otra cosa.

—Convenido. Pero el caso es que yo tomé empeño en que hablásemos. Me inspiró usted desde el primer instante la simpatía más viva y precisamente su indiferencia acrecentó mi afán. Es usted el primer hombre que cruza a mi lado sin proferir palabra. ¡ Y yo... he soñado tantas

noches que nos conocíamos ya, que éramos amigos!...

—Por favor, Rosina...

—Déjeme que le diga toda la verdad. Pues bien : en vista de que usted no daba señales de romper aquel silencio, ideé la superchería de la pérdida de la pulsera...

Enrique, por instinto, dió un paso hacia atrás. Rosina entonces bajó los ojos y puso gestillo de mosquita muerta, de niña enfadada y mimosa.

—¡Era lo que me faltaba! Haber quebrantado todos los principios de mi educación; haber obrado con imprudencia, llevada de una irresistible inclinación... y que me pague usted con un desprecio... ¡Si mis padres supieran esta falta!... Si supieran que esta hija a quien ellos han educado tan rígidamente, por encima de todas las conveniencias, se decidió a hablar a un desconocido... ¡ay de mí!... ¡Qué desgraciada soy!...

Rompió a llorar Rosina desolada. A Enrique aquellas lágrimas acabaron de hacerle perder toda la serenidad de juicio, que buena falta le hubiera hecho en semejantes circunstancias.

—Rosina, por favor, no se aflija. Yo no la desprecio, yo no he pensado mal de usted, yo la disculpo...

Pero Rosina seguía anegada en llanto, compungida, estremeciéndose a los sollozos. Enrique estaba en un verdadero aprieto.

—Eso me lo dice usted por salir del paso...

—No, Rosina; le he dicho a usted la verdad.

Rosina levantó los ojos que brillaban más traidores a través del cristal de las lágrimas lagoteras.

—¿De veras? ¿No me engaña usted?

—De veras.

—Sería tan triste que mintiese usted por consolarme solamente...

—No miento.

En un momento se disipó aquella pena tan grande que parecía imposible de remediar. Fué como uno de esos nublados de marzo que duran un minuto. Rosina, muy contenta ya, dijo:

—¡Oh, qué feliz me hace usted!

Enrique sentía como el que se va escurriendo, escurriendo, como el que se cae

-y no lo puede evitar. Rosina sabía aprovecharse de aquella irresolución.

—Déme usted una prueba de que no le soy antipática ni odiosa.

—Dígame en qué ha de consistir esa prueba.

—Acompáñeme a dar un paseo por el río. Tengo ahí una barquilla ligera.

—Considere usted que me están esperando...

—Por una vez... por una tarde nada más... Su novia no se extrañará de que usted haya tenido una ocupación. Con cualquier pretexto puede usted conformarla. Además yo no le retendré mucho tiempo. Y por fin, si el acompañarme una hora no representase por parte de usted algún sacrificio, no sería ello una prueba como la que le pido. Decididamente, si no quiere usted venir, es que le parezco antipática, es que lo tiene usted a menos, es que me desprecia.

Estas últimas palabras las dijo Rosina empezando a hacer pucheritos. Enrique vió que se le venía encima otra escena de lágrimas y le faltó valor para soportarla.



—¡ Muy buenos días!—le dijo viniendo hacia él y tendiéndole la mano... (Pág. 28.)

ROSINA.—3

Rosina estaba verdaderamente muy linda.

—Bueno, vamos—dijo al fin Enrique.

Rosina se cogió de su brazo muy refitolera y decidora.

—¡Cuánto se lo agradezco!... ¡Verá usted qué rato más agradable vamos a pasar! La tarde está templada y el río sereno como un maravilloso cristal.

Así era en efecto: las aguas corrían mansa y silenciosamente; en el fondo temblaban las imágenes de las frondas de las orillas. Una brisa aromada por las flores silvestres murmuraba en las espesuras. De vez en vez, como un dardo de plata, saltaba una trucha a la superficie.

Enrique iba remando; la canoa, ligerísima aguas abajo, se deslizaba suavemente.

Rosina, aprovechando la emoción del bello momento, suspiraba.

—¡Oh, Enrique! ¡Qué delicia es ir con usted por estos parajes tan hermosos!...

Y para deslumbrarle más, añadía:

—Tenemos nosotros una finca a la orilla del Amazonas, en la prodigiosa Amé-

rica... ¡ Si usted viese qué soberbios paisajes !...

.....

Y entretanto Julia esperaba...



Enrique iba remando; la canoa, ligerísima aguas abajo, se deslizaba suavemente. (Pág. 33.)

IV

Resueltamente Enrique iba dejándose embaucar por las zalamerías y comedias de la pérfida Rosina. Después de aquella tarde, varias más pasearon juntos, unas veces por el río y otras por el bosque.

Enrique inventaba excusa tras excusa para ocultar a su madre y a Julia este devaneo. Y muchas noches al acostarse, al hacer examen de sus acciones durante el día, como su madre le enseñó a hacerlo desde niño, se acusaba de falsario y de felón. Estaba engañando villanamente a una joven tan buena, tan irreprochablemente virtuosa como Julia, que era su prometida formal, que era además su prima y a quien su madre había elegido para hija, porque como a una hija la quería. Esta conducta era indigna de los principios de hombría de bien, de honor y de

caballerosidad que le habían sido inculcados con el legítimo orgullo de su apellido jamás manchado por afrenta alguna.

Y todas las noches concluía estas reflexiones angustiado, arrepentido y se decía : «No volveré. No la veré más».

Pero a la mañana le llegaba un recadito de Rosina, que los sabía mandar clandestinamente, citándole en tal lugar y a tal hora ; y llegada tal hora Enrique no se sabía dominar ; el hechizo de las monadas y miradas de Rosina lo atraía ; carecía él de fuerza de voluntad para cortar aquella situación... y acudía a la cita.

Una mañana doña Petra llamó a su hijo. Estaba la buena señora ojerosa, demacrada, como quien ha pasado en vela una noche de cuidados y zozobras.

—¿Qué tienes, mamá? — le preguntó a'armado.

—De eso quería hablarte, hijo mío. No es que esté enferma precisamente. Pero empiezo a no sentirme bien, y antes de que este malestar adquiriera importancia, para prevenir una enfermedad que pudiese estar amenazándome, he pensado que re-

gresemos a Madrid. Allí me verán los mejores médicos.

—Has pensado muy bien, madre. Aunque yo no participo de tus temores.

—Sabía yo, hijo mío, que aprobarías mi resolución.

—¡No faltaba más! ¡Cuándo partimos?

—Mañana mismo.

A Enrique aquella determinación de su madre le agradó. Desde luego esperaba que el mal presentido por ella no pasase de una ligera indisposición que remediarían inmediatamente los eminentes médicos madrileños. Libre de este cuidado, pensó Enrique que la partida era el medio más eficaz de poner término a su devaneo con Rosina. Se confesaba a sí mismo que de haber continuado cerca de ella, no se hubiera desligado fácilmente de sus trapacerías. Era Rosina pegadiza, tenaz y perseverante en sus propósitos de «pescar» al joven ingeniero de linajuda familia.

Partieron, pues, para Madrid madre e hijo, dejando burlada en los oteros asturianos a la linda trapisondista. Muy po-

cos días después que ellos, regresaban también a la corte Julia, su hermana Victoria y la madre de ambas.

El peligro parecía conjurado. Volvió Enrique a su vida ordinaria, metódica, laboriosa. El estudio y las asiduas atenciones para su prometida absorbían todos sus pensamientos. Alguna vez, es verdad, recordaba a la gentil y veleidosa Rosina; recordaba sus paseos con ella, las gracias, los donaires y naderías de aquella gran astuta que tan bien representó el papel de enamorada de novela... pero este recuerdo se iba amortiguando, se iba borrando...

Doña Petra mejoró de su mal notablemente, tanto, que ni ella misma creía haber estado realmente enferma. Ahora la animaban y le quitaban tiempo y ganas de pensar en sí misma los preparativos para la boda de su hijo. Mostraba en ellos gran prisa; quería que se abreviase la tramitación del asunto y que el casamiento, por ella tan deseado, se celebrase cuanto antes mejor.

—No dormiré tranquila—decía a su hijo—hasta que os hayan echado las bendiciones.

—Participo de tus deseos, madre ; pero no comprendo por qué has de sentir más impaciencia que los mismos novios.

—Esta boda, hijo de mi alma, es el complemento de mis sueños de madre. Desde que quedé viuda formé el propósito y me impuse la obligación de dedicarte toda mi vida. Te veo, gracias a Dios, con tu carrera acabada. Casarte bien, convenientemente, santamente, coronará mi obra, porque así quedarás defendido de los muchísimos peligros que acechan a la juventud. Conozco a tu prima Julia, a tu futura esposa, desde que nació ; soy testigo, día por día, de toda su vida ; me sé de memoria su corazón y aprecio todo el valor de su alma pura, por lo que te aseguro una perdurable felicidad. Casarte con ella es para mí como poner tu vida a buen seguro ; como asegurar tu dicha, tu honor y tu fortuna. ¿ Comprendes por qué estoy tan contenta ? ¿ Comprendes por qué deseo tanto vuestra boda ?

—Todo eso es verdad y yo lo comprendo como tú lo dices. Pero nada justifica esos apremios, que para mí siguen sin justificación. No parece si no que temieses que

algo pudiera desbaratar este enlace concertado tan a gusto de todos. Julia no participa de tus impaciencias.

—Una señorita bien educada no muestra nunca deseos de casarse.

—Julia no sólo no muestra deseos si no que más bien parece temer que llegue el día por ti tan deseado.

—Julia se conduce como se debe conducir, hijo mío. Al fin y al cabo para la mujer el matrimonio representa la llegada de mil gravísimas obligaciones.

—Tienes razón, madre. Julia es un modelo de discreción.

Así iban las cosas por el mejor camino cuando...

¡ Oh, con cuánta razón quería la madre que se efectuase la boda prontamente !

Así iban las cosas, cuando una tarde Enrique recibió carta de Rosina.

Rosina estaba en Madrid.

La carta decía :

« Mi buen amigo : es indispensable que hablemos. Me va en ello el porvenir, y si usted rehusa la ocasión, le buscaré aun-

que haya de cometer para ello las mayores imprudencias.

»Segura de que su caballerosidad le hará acudir a mi llamamiento, al llamamiento de una dama, le incluyo una invitación para el baile de los señores Trapacete, amigos míos, y al que concurriré mañana.

»Hasta mañana, pues, con la mayor ilusión,

»ROSINA.»

A Enrique esta carta le causó miedo. Presentía el gravísimo riesgo en que iba a poner todo el orden, toda la ejemplaridad de su vida. Pero Rosina había sabido tocar el resorte más seguro: apelaba a su caballerosidad.

Enrique se dispuso a asistir al baile con sabido.

Al despedirse de su madre, hubo entre ellos este diálogo embarazoso:

—Tengo que salir esta noche, mamá.

—¿Sí? ¿Y adónde vas de frac?

—Voy a la Academia de Ciencias. Te-

nemos sesión para recibir a un nuevo académico. Habrá lectura de discursos...

—¿Qué nuevo académico de ciencias es ese?

—El doctor Charfolé. No tendrá nada de particular que no lo conozcas porque siempre ha residido en el extranjero.

—Es bien raro que una sesión solemne en una Academia se celebre de noche. Es el primer caso que conozco. Por regla general esa clase de fiestas se celebran por la tarde.

—Ahora se va a poner de moda hacerlo después de cenar.

—Enrique, hijo mío—exclamó por fin la madre—. ¡Estás mintiendo!

—¡Oh, mamá!

—Eres mayor de edad, estás a punto de casarte, y comprendo que no puedo impedirte que vayas adonde quieras. Pero sí puedo exigirte que no me engañes.

—Es que...

—Basta. Ve adonde te parezca.

El acento de doña Petra fué grave e imperioso. Enrique salió conturbado, con el alma aplanada por el remordimiento, por

el temor de las cosas malas que estaba ya haciendo y que veía que iba a hacer.

En casa de los señores de Trapacete, que no eran otros que unos mercachifles enriquecidos, Dios sabía cómo, se respiraba cursilería desde el zaguán. Era aquello todo un baile de Cachupín... Con decir que la dueña de la casa decía *haiga* y que el señor se había puesto una enorme corbata de nudo y encarnada con el frac, para así poder lucir el alfiler...

Rosina estaba allí y a pesar de que en aquel ambiente de rastacuerismo, de mal gusto, de plebeyez, cualquiera hubiese perdido las ilusiones, el arte de Rosina era tal, sus habilidades tan refinadas y capciosas, que Enrique se sintió en seguida envuelto en las redes de tan experta pescadora.

Ella lo llevó a un gabinete aparte donde pudieron hablar a solas.

—Enrique—le decía—, mi situación es desesperada. Aquellos paseos que dimos a solas por el río y por el bosque me han comprometido gravemente. Las gentes juzgan mal de mí y las apariencias les ayudan. A los ojos de todos somos culpa-

bles y no podemos destruir la calumnia.
¡ Me ha destrozado usted la vida !

— ¡ Yo, Rosina ?

— ¡ Usted ! Yo, enamorada, porque estoy ciegameamente enamorada de usted, ¡ a qué negarlo ya ?... yo, enamorada, loca, no supe lo que hacía. Pero usted debió haberme comprender la gravedad y trascendencia de lo que yo creía las acciones más naturales e inofensivas. Usted debió avisarme de que eran comprometedoras nuestras travesuras. Usted me llevó, comprendo que sin quererlo, pero usted me llevó a esta situación de ahora...

Rosina se había estudiado perfectamente esta relación melodramática y la declamaba con el acento y los ademanes de una consumada actriz.

— Mi padre no sabe nada todavía—añadió—, y el día en que lo sepa, porque es inevitable que lo sepa... el día que lo sepa... querrá lavar con sangre su honor mancillado... ¡ Pero, no ! Eso no sucederá, porque, antes de que eso suceda... yo me quitaré esta vida que tan poco vale apurando hasta las heces una copa de veneno...

—¡Rosina, me está usted atormentando!

—Mayor es mi tormento. En resumen : por mi amor y por mi honor le digo : o se casa usted conmigo, o vendrá el escándalo y tras el escándalo la tragedia.

A Enrique estas palabras le hicieron bajar la cabeza como si le hubiesen dado un mazazo en los sesos.

Ya conocemos cómo Rosina sabía aprovecharse de estos momentos. Tomó una de las manos de Enrique y le dijo mimosa :

—No te anonades, amado mío. Tu acción salvando el honor de una mujer que te adora y que en verdad es honrada, es una noble acción que yo te pagaré con el más grande y generoso de todos los amores.



—No te anonades, amado mío. Tu acción salvando el honor de una mujer que te adora y que en verdad es honrada... (Pág. 46.)

V

Enrique era un corazón demasiado inocente, demasiado crédulo.

Cayó en la trampa que Rosina le había preparado y le empeñó su palabra de casamiento.

Al día siguiente, a la hora de la comida, su madre dijo a Enrique :

—Desde que te traje al mundo, hijo mío, estoy acostumbrada a leer en tus ojos tus pensamientos. Hoy veo turbios tus ojos. ¿ Me quieres decir qué te sucede ?

Enrique, esclavo de su palabra, contestó :

—Sucede, madre, que mi boda con Julia es imposible.

Doña Petra se puso lívida como una muerta.

—¿ Que es imposible ? ¿ Por qué, hijo mío ?



—¡Dios santo!—gimió doña Petra, llevándose las manos al corazón—. (Pág. 50.)

ROSINA.—4

—He contraído con otra mujer una deuda de honor.

—¿Qué dices?

—Lo que has oído, madre; que no soy dueño de mí mismo; que un compromiso sagrado me obliga a dar mi mano y mi apellido a una doncella que por mi causa ha perdido su reputación.

Doña Petra preguntó aterrada:

—¿Rosina?

—Esa es, madre, mi verdadera prometida.

—¿Qué horror!

—¿Por qué?

—De nada me valió separarte de ella cuando supe que os veáis a escondidas. De seguro que de aquellas entrevistas nace tu supuesto compromiso de honor.

—Has acertado, madre.

—Pero tú no conoces a esa mujer, hijo mío; no sabes que es la hija de una aventurera; no sabes que por no ser, ni es siquiera cristiana. No se la ha visto en misa todavía, pero no falta a ningún baile. Tú no sabes que es de una conducta sospechosa... ¿No te dió que pensar su falta de recato al pasear contigo a solas por pa-

rajes poco concurridos? ¡Ay, hijo mío de mi alma! ¡Es que te puedes dejar engañar y engatusar por una coqueta sin linaje, sin temor de Dios? ¡No comprendes, hijo de mis entrañas, que ella busca en tu abolengo y en tu honor immaculado, en tu título, lo que a ella le falta? ¡No comprendes que trata de cubrir con tu apellido un origen inconfesable?... ¡Abre los ojos, hijo mío, abre los ojos!

—No te exaltes, madre, así. En todo caso será una desgracia; pero yo no puedo abandonar a una mujer que se considera perdida por amarme.

—¿Eso más? ¡Has llegado a creer que puede amarte de veras esa fingidora, esa cómica, esa mala mujer?

—Me permito, madre, llamarte la atención. Estás insultando a la que va a ser tu nuera.

—¡Dios santo!—gimió doña Petra, llevándose las manos al corazón—. ¡Lo has decidido?

—Cálmate, madre.

—Dime si lo has decidido.

—Es forzoso que sepas que sí.

—¡Oh, oh! Mejor la muerte; mejor



Doña Petra cayó en una butaca agitándose convulsiva... (Pág. 52.)

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

quisiera verte muerto que encenagado.
¡ Pobre de mí ! ¡ He criado un hijo para que
me lo arrebate el demonio !

Doña Petra cayó en una butaca agi-
tándose convulsiva ; se ahogaba ; algo
parecía ir a estallar dentro de su pecho.

Acudió a sus gritos la doncella.

Enrique pugnaba por calmar a su ma-
dre, cuya situación empezó a alarmarle
seriamente.

La pobre señora no dejaba de quejarse.
— ¡ Ay de mí, ay de mí !

VI

Aquel a quien Dios quiere perder, lo ciega.

Enrique estaba ciego.

Ni las súplicas, ni las órdenes, ni los sufrimientos de su madre, postrada en cama desde el momento aquel, le hicieron desistir de su propósito. Los muy tímidos, como Enrique, suelen revelar, cuando han tomado una resolución, una entereza sorprendente. Y no es que les aparezca de repente la fuerza de la voluntad; es que su propia timidez les impide modificar sus designios. Así Enrique insistía en casarse con Rosina porque le faltaría valor para negarse a ello.

Por supuesto, no volvió a ver a Julia. También le habría faltado valor.

Y desde luego se supondrá que Rosina hacía que se viesen en cuantas ocasiones

se podían proporcionar, para lo cual ella andaba viva como el aire. En poco tiempo Rosina le había, según se dice en frases vulgares, sorbido el seso a Enrique.

Enrique creía ya que el verdadero amor residía en las monadas y pecaminosas zalamerías de Rosina. Lo aturdía con sus miradas, con sus gestos de gatita juguetona, con sus constantes invitaciones al pecado.

Enrique se decía, muy iluso : «Esto es una novia. Mi prima Julia era de una so-sería inaguantable».

Y se entregaba con una estúpida ilusión a la pérfida fascinadora.

Ella, un día, en vez de recibirle, como siempre, con gran alborozo, con risas y palmadas, se le presentó muy seria y lastimera.

—¿Qué novedad te apura?

—Tenemos que hacer algo definitivo, Enrique. Mi padre ha sido informado de todo y ha jurado que me matará.

—¿Qué atrocidad!

—No lo pongas en duda, Enrique. Mi padre me mata. Me ha concedido un plazo de un día.

—¿Para qué?

—Verás. Al enterarse de lo que, como todos, ha creído él mi deshonor, ha determinado entregarme mi dote: medio millón de pesetas por ahora; y le ha dicho a mi madre que no me quiere volver a ver hasta que esté casada; que me vaya. Y que si en el término de veinticuatro horas tú no has cumplido como un caballero, él sabrá lo que tiene que hacer conmigo. Por de pronto me arroja de su casa.

—¿Bárbaro!

—Tú no lo conoces. Allá, en América, se ha batido catorce veces, y en seis de ellas despachó para el otro barrio a sus adversarios. Tiene momentos en que su ira es una locura frenética. Aunque luego se arrepintiese de haberlo hecho, si ahora me pusiese delante de él, me estrangularía irremediabilmente. Por eso estaba esperándote impaciente para que huyamos en seguida.

—¿Huir?

—Sí. Tengo prevenido mucho dinero y a la puerta el automóvil que habrás visto. Es preciso que escapemos antes de que mi padre vuelva a casa.

Enrique estaba consternado.

—¡ No te apures, hombre ! ¿ No ves que tranquila estoy yo ? En no faltándome tu cariño nada me importa.

—Pero huir es agrandar el daño. Dar pábulo a la maledicencia.

—¿ Y qué me importa a mí la maledicencia ? ¿ Serás capaz por unos escrúpulos de dejarme en peligro de morir ?

—Pero... ¿ adónde vamos ?

—Ya me temía yo que a ti no se te ocurriese nada. Yo he tomado mis precauciones. Mira este anuncio de periódico. Se alquila un hotel amueblado en las afueras de Madrid. Vamos allá, lo alquilo y en un periquete, en cualquier agencia, encontraré servidumbre.

A Enrique, Rosina lo dominaba, lo atontaba. Ciego de aquello que él creía amor, accedió a todo lo que ella proponía.

Huyeron. Y de tal modo se las compuso Rosina que parecía que la raptaban, que la robaban de su casa, siendo la verdad que en esta ocasión, como en otras muchas, el verdadero raptado es el galán.

Unos testigos hábilmente preparados



...hubiesen declarado que vieron cómo Enrique robaba a Rosina de la casa paterna. (Pág. 58.)

por el padre de Rosina hubiesen declarado que vieron cómo Enrique robaba a Rosina de la casa paterna.

Estaba, pues, cogido. Ya no podía escapar.

VII

La enfermedad de la madre de Enrique iba ahora de veras. El corazón de la infeliz señora, aquel pobre corazón que había luchado tanto, iba a declararse vencido, iba a parar, iba a descansar.

No podría sobrevivir al disgusto de ver a su hijo esposo de una audaz vividora, de una desaprensiva como Rosina.

La madre de Enrique se iba muriendo poco a poco consumida por aquella afrenta, por aquel desengaño.

Enrique, sin dejar de ser buen hijo, era cruel. ¿De qué le servían a la enferma los solícitos cuidados de su hijo si no salía de sus labios la única palabra que pudie-

se haberle devuelto la felicidad? ¿De qué le servían, si apenas Enrique salía de casa sabía ella que iba a ver a la falsa que había de llevarlo al abismo del deshonor?

Era la de la madre de Enrique una agonía lenta.

¿Y Julia? ¿Qué pensaba de todo esto Julia?

Julia había enviado a Enrique un recado escueto. Puesto que sus relaciones habían terminado, creía Julia que no debían conservar cada uno las cartas y regalos del otro. Así, pues, rogaba a su ex novio que le devolviese los que de ella tenía, ofreciendo, en cambio, devolver los guardados por ella.

Enrique, siempre cobarde para sostener sus propios errores, comisionó a un amigo para que efectuase el triste canje.

El amigo visitó a Julia, y, contra lo que esperaba, la encontró, no sólo conforme, si no muy contenta.

—No me explico—dijo el amigo a Julia—esa conformidad de usted. Aunque sólo fuese por amor propio, esperaba hallarla a usted en otro estado de ánimo. Pues como dice el antiguo cantar:

Dos cosas hay en el mundo
que una mujer no perdona :
que un hombre la llame fea,
o que la deje por otra.

—Pues se equivoca usted—respondió sinceramente Julia—. Enrique, al retirarse de nuestro noviazgo, me ha hecho un inmenso favor. Ha de saber usted, señor mío, que yo aceptaba el casamiento por cumplir un deber. Mi madre y mi tía, la madre de Enrique, lo habían así dispuesto. Las dos han de quedar solas en el mundo y nosotros podíamos ser el consuelo y el apoyo de su vejez. Era mi obligación obedecerlas gustosa y así lo hacía. Para ello me bastó que el prometido no me fuese absolutamente desagradable. Si procuré serlo yo a mi vez para él, no lo hice sino por colmar los buenos deseos de nuestras madres en ello interesadas. De llegar las cosas a realizarse, hubiera yo sido una esposa fiel, cariñosa y abnegada, porque tal sería la obligación que me habría impuesto. No he de negar que habría cumplido con sumo gusto tal obligación. Hacer el bien, practicar la virtud es cosa grata en

todos los estados. Una mujer cristiana, una mujer religiosa, tiene el espejo de *La perfecta casada* en que mirarse. Yo hubiese tenido ese libro magistral por guía y reglamento de todas mis acciones.

»Pero—continuó Julia con dulcedumbre—al relevarme Enrique de mi promesa de matrimonio, me ha dejado más libre y franco el camino de la perfección. Yo, señor mío, tengo la misma vocación que mi hermana Victoria. Quiero un esposo cuyo amor es infinito y firme, un esposo que no cambiará de modo de ser en toda la eternidad. Un alto esposo de quien no hay que temer infidelidades ni desvíos. Es un esposo que no se conforma con el mezquino amor conyugal; es un esposo que pide y fomenta el GRAN AMOR... En suma; yo quiero profesar. Esta inclinación, esta inefable vocación, teníamela callada por no contrariar a mi buena madre y a mi buena tía, que me habían destinado para mujer de mi primo Enrique. Calcule usted ahora con qué complacencia habré recibido la libertad. Ahora sólo me queda permanecer al cuidado de mi madre mientras su vida, para mi tan preciosa, dure...



—Tome usted. Ahí van todas las cartas que me ha escrito y sus obsequios. (Pág. 64.)

Después... ¡ Después me espera el ESPOSO ideal!

—Es usted admirable.

—Gracias. Soy una humilde sierva del Señor.

—¿ Y no guarda usted rencor a Enrique por el desaire que le ha hecho?

—Ni mucho menos. Es mejor que haya obrado así cuando las cosas tienen remedio todavía. Después de casados, una falta como ésa no tendría posible compensación.

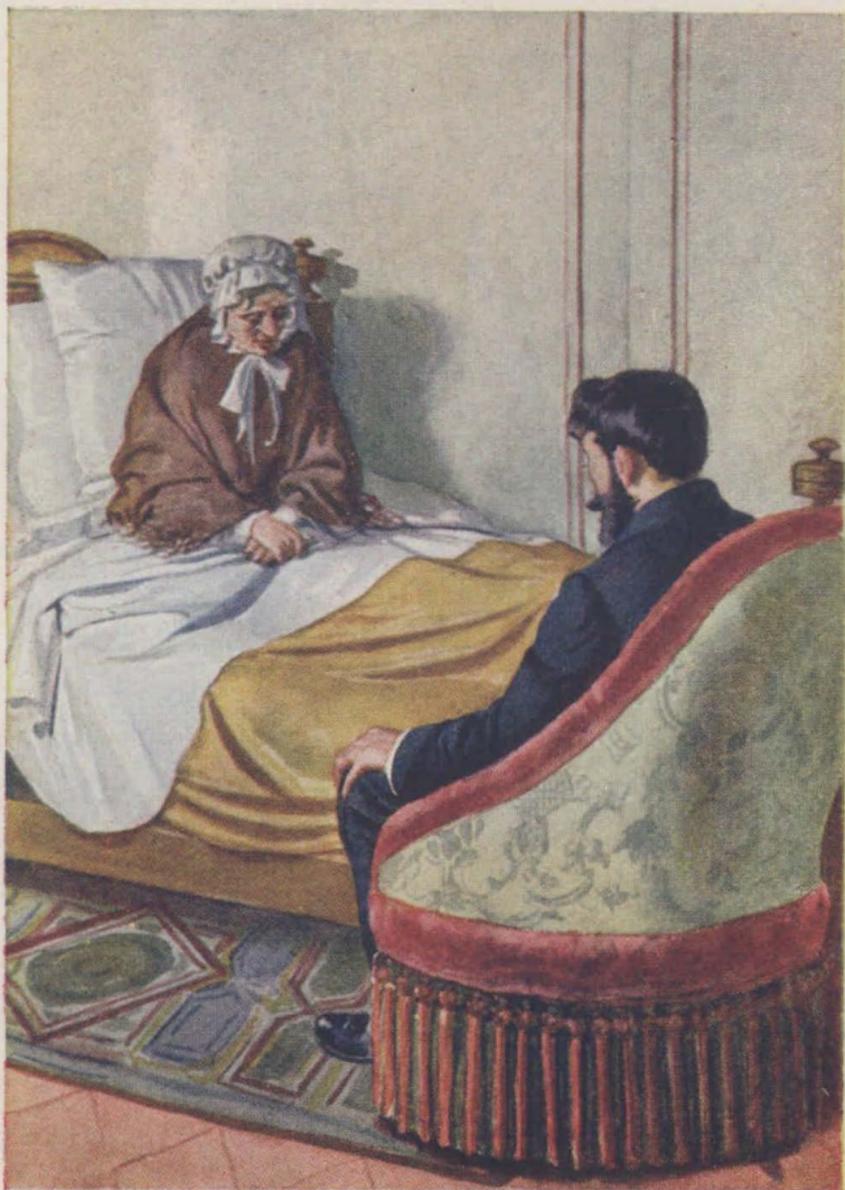
Y Julia terminó su entrevista de esta manera :

—Tome usted. Ahí van todas las cartas que me ha escrito y sus obsequios. Devuélvaselos usted y dígame que sólo deseo su bien ; que no se acuerde de mí, ni por mí tenga el menor remordimiento ; que yo he de rogar a Dios que lo haga feliz y bueno con esa esposa que ha elegido.

El amigo de Enrique salió de allí profundamente impresionado. Cuando le llevó a Enrique el envío, éste le dijo :

—¿ Qué te ha parecido mi prima?

—¡ Una santa!



Enrique, con estas noticias, estaba acongojadísimo y no se atrevía a separarse del lecho de la enferma... (Pág. 66.)

ROSINA.—5

Pero Enrique no estaba todavía para apreciarlo. Estaba todavía dominado por aquella ofuscación, por aquel amor terreno alimentado por las malas mañas de la perversa Rosina.

VIII

La enfermedad de la madre de Enrique fué agravándose día por día.

Ya no podía abandonar el lecho.

Los médicos hablaban de una afección cardíaca.

—Seguirá así padeciendo durante un tiempo indefinido, que puede ser muy breve o puede ser muy largo. La muerte vendrá repentina en el instante menos pensado.

Enrique, con estas noticias, estaba acongojadísimo y no se atrevía a separarse del lecho de la enferma, temeroso de que, si salía, al volver iba a encontrársela muerta.

Escribió a Rosina informándola de lo que sucedía y pidiéndole que le dispen-

sara de verla mientras durasen tan graves circunstancias.

Rosina le contestó que siempre le quedaría un minuto libre para ir a verla.

Enrique repuso que no tenía libre ni un minuto, puesto que su madre se hallaba en peligro inminente.

Y con este motivo se cruzaron entre ambos varias cartas en tono enérgico y poco amable.

La enferma, por su parte, había llegado a ese período de sublime serenidad y resignación que sólo alcanzan al borde de la tumba las almas de los justos.

Se dispuso a recibir los santos sacramentos. Pero antes llamó a su hijo.

—Por última vez, cuando siento que Dios va a disponer de mi alma, te aconsejo, hijo mío, que despiertes de esa obsesión. Vas a enlazar tu vida con una rama que no te corresponde; vas a hacer que descienda nuestro preclaro y limpio linaje. Por última vez te ruego que desistas.

Enrique, de rodillas junto al lecho, callaba.

—¿No me contestas, hijo mío?

—Madre... ¡No puedo!

Ella dijo con infinita amargura :

—Señor : tú lo dispones así. ¡ Cúmplase, Señor, tu voluntad !

Y después, muy despacio, falta de alientos ya, añadió :

—Ya que te obstinas, al menos muestra a esa mujer el camino del bien que yo he procurado enseñarte. Hazla pisar con frecuencia la casa de Dios en donde todavía no se la ha visto. Dile que abra su alma enteramente a un buen confesor. Acostúmbrala suavemente a los hábitos de modestia, de honestidad que yo he infiltrado en tu alma. Prométeme al menos eso, hijo mío.

—Te lo prometo, madre.

—No olvides que se lo has prometido a una moribunda.

Se retiró Enrique y no supo nunca por qué sintió un vehementísimo deseo de ver a Rosina.

Durante la hora que duraría la confesión de su madre, podía llegar junto a la amada. Quería llevarle cálidas, inmediatas, las últimas palabras oídas.

Acaso en aquel momento el acento del hijo atribulado llegaría al alma de la frí-

vola hermosa y la convertiría en la esposa humilde que la moribunda deseaba.

Pidió un automóvil y salió a escape.

En el hotel alquilado por Rosina le dijo un criado que la señorita había salido a dar un paseo a caballo.

Enrique sabía cuáles eran los paseos predilectos de Rosina y a ellos se dirigió con el automóvil a toda marcha.

No la encontraba... No la encontraba.

Fué de una parte a otra en loca carrera.

Por fin...

Enrique reconoció el caballo de Rosina que estaba solo sin su dueña, paciendo tranquilamente.

¿ La habría derribado ? ¿ Estaría caída, lesionada tal vez ? Ella era intrépida y confiada ; gustaba de galopar frenéticamente. ¿ Habría chocado su cabeza con las ramas de algún árbol ? ¿ La habría despedido de la silla algún bote del brioso animal ?

Detuvo el automóvil, se apeó y fué campo a través hacia el lugar en donde se hallaba suelto el caballo de Rosina.

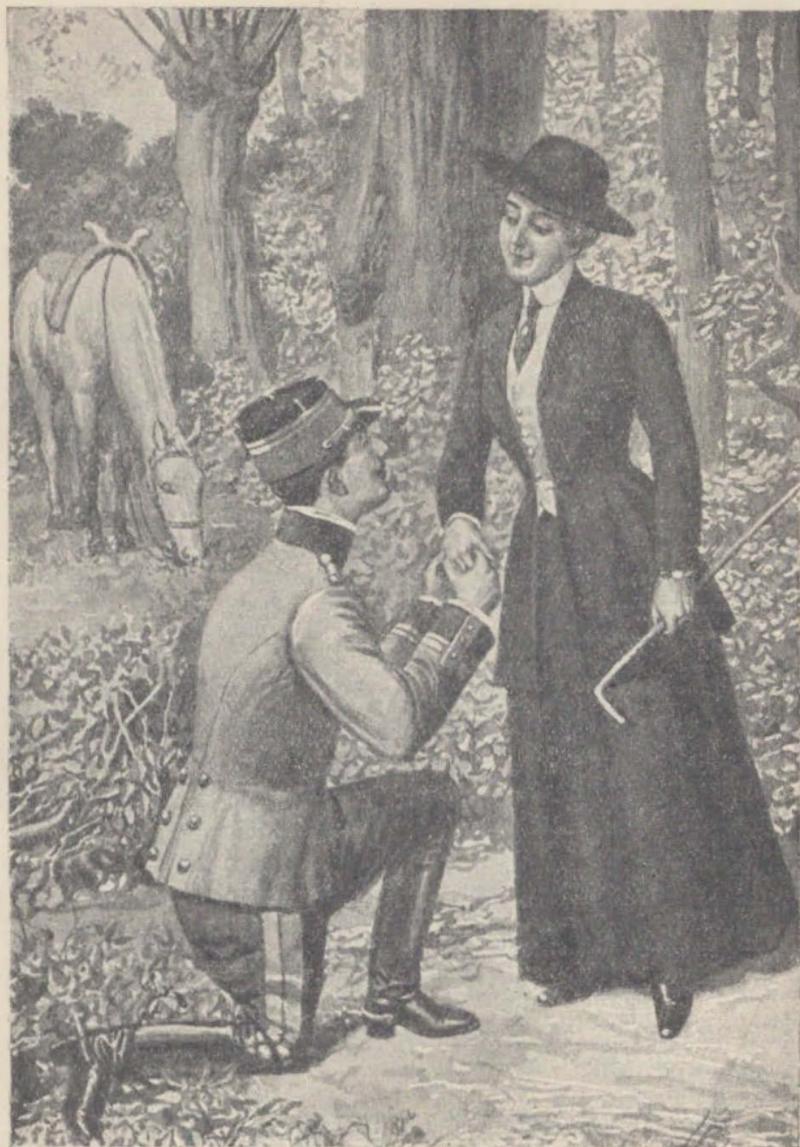
Era tal su zozobra que sentía como furiosos martillazos en las sienas.

Miraba a todas partes temiendo descubrir entre las malezas el cuerpo ensangrentado de la adorada amazona.

¡ Oh, Rosina, Rosina... ! ¿ Dónde estás ?
Llegado cerca de donde el caballo se hallaba, la descubrió.

.....

La descubrió oyendo con aquella su sonrisa de malditísima coqueta la declaración amorosa de un apuesto militar que se había arrodillado ante ella y declamaba apasionadas tonterías.



La descubrió oyendo con aquella su sonrisa de mal-
ditísima coqueta la declaración amorosa de un apuesto
militar... (Pág. 70.)

IX

Enrique volvió a su casa consternado. ¡Ahora veía la verdad! Ahora comprendía cuán clarividentes son los corazones de las madres.

Ahora comprendía que sólo la doncella honesta y recatada, la fervorosa creyente, merece el verdadero amor.

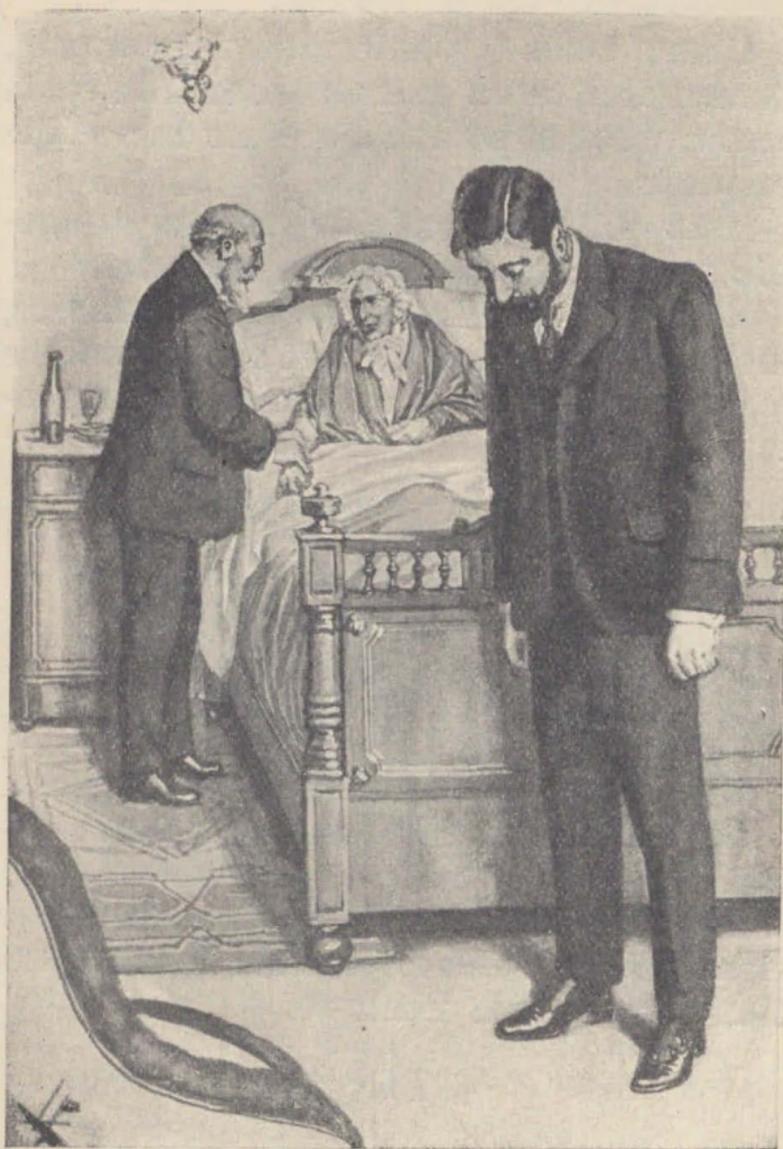
Al llegar a su casa halló, el primero, al médico que había sido llamado con toda urgencia.

—¿Cómo está mi madre?

El médico, que no debía consideraciones a un hijo que abandonaba a su madre en trances tales, le contestó secamente :

—Es cuestión de minutos.

.....



—¡¡ Perdón, madre mía!! (Pág. 74.)

Como todos los enfermos del corazón, doña Petra tenía que estar sentada en la cama, pues si se echaba érale imposible respirar.

Esta obligada posición daba a su agonía un aspecto doblemente siniestro.

El médico, con inyecciones y calmantes, luchaba por prolongar algunos momentos más aquella pobre existencia atormentada.

Enrique gritó :

— ¡ ¡ Perdón, madre mía !!

Y ella, ahogándose ya, respondió :

— ¡ ¡ Demasiado tarde !!

Después...

.....

Un alma se elevó a los cielos : la madre.

Un alma pura se consagró a Dios : Julia.

Un alma quedó en la tierra para llevar siempre la cadena torturante del arrepentimiento tardío : Enrique.

FIN

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

El Cuervo y el Zorro

Un cuervo se llevó en el pico un queso que una campesina tenía puesto a secar en la ventana y se posó con su rapiña en la rama de un árbol. La zorra, que había visto todo esto, se ingenió para quitarle el queso al cuervo, y plantándose frente a él le dijo: «¡Qué hermoso eres! ¡Cómo te reluce el plumaje! No hay otra ave de tan espléndi-



da belleza ni tan arrogante figura. ¡Lástima que no sepas cantar como los ruiseñores, porque entonces no habría quien pudiera compararse contigo!» Engreído el cuervo por los elogios, quiso cantar, y al abrir el pico se le cayó el queso, que la zorra se apresuró a engullir a la vista del bobalicón cuervo.

La isonja es una alabanza hipócrita que perjudica gravemente a quien hace caso de ella.

SAMANIENO.

La Corneja y la Oveja

Montóse la corneja encima de la oveja y se puso a picotearla. La oveja, con muy buenos modales, le habló de esta manera : «¿Por qué no te echas encima de un perro y lo picoteas como a mí? A buen seguro que te daría un gran mordisco, sin que te quedaran ganas de volver a inquietarlo.»



La corneja respondió : «No haré tal cosa, que para eso me subo a las colinas y lo exploro todo con la vista. Cuando veo un animal manso e inofensivo como tú, me echo encima de él ; pero me guardo de los que pueden revolverse contra mí. Soy vieja y tengo mucha experiencia.»

El cobarde sólo se atreve con los pequeños y débiles, y no quiere nada con los que pueden tanto o más que él.

SAMANIEGO.

BIBLIOTECA SELECTA

VOLÚMENES PUBLICADOS

1. El molino de los pájaros.
2. Corazones dormidos.
3. Flores de juventud.
4. La vanidosa Alicia.
5. El espadachín.
6. El heredero.
7. La fuerza del bien.
8. El sueño de Pepito.
9. Juegos y hazañas de animales.
10. Cuentos de Andersen (tomo 1.º).
11. Cuentos de Andersen (tomo 2.º).
12. La cabaña del tío Tom.
13. Robinsón.
14. El teatro de los animales.
15. Verdades y fantasías.
16. Mimos de niña.
17. El instinto de los animales.
18. El amor y la guerra.
19. El premio gordo.
20. Un ministerio de animales.
21. La pícara vanidad.
22. Un Charlot del mundo animal.
23. Un experimento del doctor Ox.
24. Un drama en los aires.
25. Por mentir.
26. Rosina.
27. Paquito el explorador.
28. Desconocida aventura de Teresa Panza.
29. El Angel.
30. Ib y Cristina.
31. El último sueño del i ble.
32. El cofre volador.
33. El tío «cierra el ojo».
34. La virtud del borrico.
35. Fábulas de Iriarte.
36. En otros tiempos.
37. La campana.
38. Los forzadores del bloque.
39. Una ciudad flotante (primera parte).
40. Una ciudad flotante (segunda parte).
41. Miguel Strogoff (1.ª parte).
42. Miguel Strogoff (2.ª parte).
43. Las Indias negras (1.ª parte).
44. Las Indias negras (2.ª parte).
45. El rigor de las desdichas.
46. Los huevos de Pascua.
47. La guirnalda de flores.
48. La paloma.—El canario.
49. El canastillo de flores.
50. El honrado Fridolín.
51. La «Granja de los Tilos».
52. Rosa de Tanemburgo.
53. El nido del pájaro.
54. La cruz de madera.
55. El condesito.
56. La condesa Ida.
57. Héctor Servadac (1.ª parte).
58. Héctor Servadac (2.ª parte).
59. El maestro Zacarías.
60. Martín Paz.